

Egeria, la Dama Peregrina

Carlos Pascual

Arbor CLXXX, 711-712 (Marzo-Abril 2005), 451-464 pp.

En los últimos años del siglo IV, cuando el imperio romano está a punto de derrumbarse, una mujer hispana de alta alcurnia se pone en camino para conocer y venerar los Santos Lugares, recién «descubiertos» por santa Helena. Atravesando la «Vía Domitia» llega a la capital de la pars orientis del Imperio, Constantinopla, continúa hasta Jerusalén, recorre parajes bíblicos, incluido el Sinaí y algunos lugares de Mesopotamia. Va narrando cuanto ve, con deliciosa frescura, en unas cartas dirigidas a las amigas que quedaron en la patria. Su relato, copiado por algún monje en el siglo XI, fue hallado en 1884 en una biblioteca italiana. Tras una investigación prolongada, se pudo poner nombre y rostro a esta matrona piadosa, Egeria, la primera viajera-escritora española de que tengamos noticia.

La historia de que vamos a ocuparnos podría valer como argumento de suspense. Corría el año 1884, y un erudito italiano, Gian Francesco Gamurrini, ponía orden en los legajos y manuscritos de la Biblioteca della Confraternità dei Laici, en Arezzo. Llamó su atención un códice del siglo XI en el cual aparecían cosidos –aunque escritos por distinta mano– dos textos que nada tenían que ver entre sí: el primero, eran fragmentos de San Hilario de Poitiers; el otro escrito resultaba más intrigante, pues era una curiosa relación de un viaje a Tierra Santa, escrito en época muy temprana y por una mujer que hablaba en primera persona.

Los pergaminos, escritos con letra de la llamada escuela beneventana, formaban un volumen de 262 x 171 mm, con 15 hojas dedicadas a un

Tractatus y unos *Hymni* de Hilario, y las 22 hojas restantes ocupadas por el relato viajero. Por lo que podía apreciarse a simple vista, en éste faltaban hojas, muchas al principio, algunas del final, puede que alguna de por medio.

Las primeras aclaraciones no resultaron arduas: se trataba, en el caso del anónimo, de unas notas de viaje redactadas según un molde ya conocido, la *peregrinatio* o *itinerarium*, uno de los más tempranos géneros medievales, según la tipología clásica de Jean Richard. Lo curioso del caso es que las notas estaban redactadas en forma de misiva, o cartas, que la mujer en cuestión enviaba a unas lejanas *dominae et sorores* que habían quedado en la patria común, a la que la redactora confiaba en volver. Y habrían sido originalmente escritas hacia finales del siglo IV.

Quiero hacer hincapié, adelantando un poco las cosas, en esa forma coloquial con que la autora de las cartas interpela a sus destinatarias, porque eso ha originado un colosal malentendido, que en general sigue vigente. El hecho de que la autora, con implícita autoridad, se dirija a unas *dominae et sorores* ha hecho que se la identificara con una monja, más aún, con una abadesa que relata a sus monjas las maravillas que ellas no pueden ver. El malentendido arranca de una visión sesgada, y puede provenir de que quienes más se han ocupado del personaje, desde época temprana, sean religiosos; Valerio, un abad del Bierzo del siglo VII (cuyo panegírico resultó clave para poner rostro y nombre a la viajera), la llama *sanctimonialis*, y en un catálogo de la biblioteca de la abadía de Montecasino (donde primero estuvo el códice, antes de ser transferido a Arezzo) se consigna ese volumen con los escritos de Hilario y de la *abattissa*.

Pero hablar de *la monja Egeria* (perdón por adelantar el nombre, rompiendo la intriga) es un despropósito. Por la expresión reiteradamente empleada, *dominae et sorores*, no puede deducirse que se trate de monjas –y desde luego, el contexto general es muy otro, como enseguida veremos–. Desde mucho antes de que naciera Egeria, la expresión *soror*, empleada coloquialmente, tenía una mera connotación de afecto, ni siquiera necesariamente de parentesco. La interpelación a unas *dominae et sorores* habría que traducirla, para ser fiel al espíritu de la letra, como «respetables amigas», o incluso «queridas amigas»¹.

No es una monja, ni mucho menos, la que escribe. Entonces ¿quién es? El propio Gamurrini, al año siguiente de su hallazgo, lanzaba en la edición príncipe (1887) la hipótesis de que fuera Silvia de Aquitania, hermana del prefecto Flavio Rufino, oficial del emperador Teodosio en los últimos años del siglo IV. Pero en 1903 el benedictino Dom Mario Ferotin

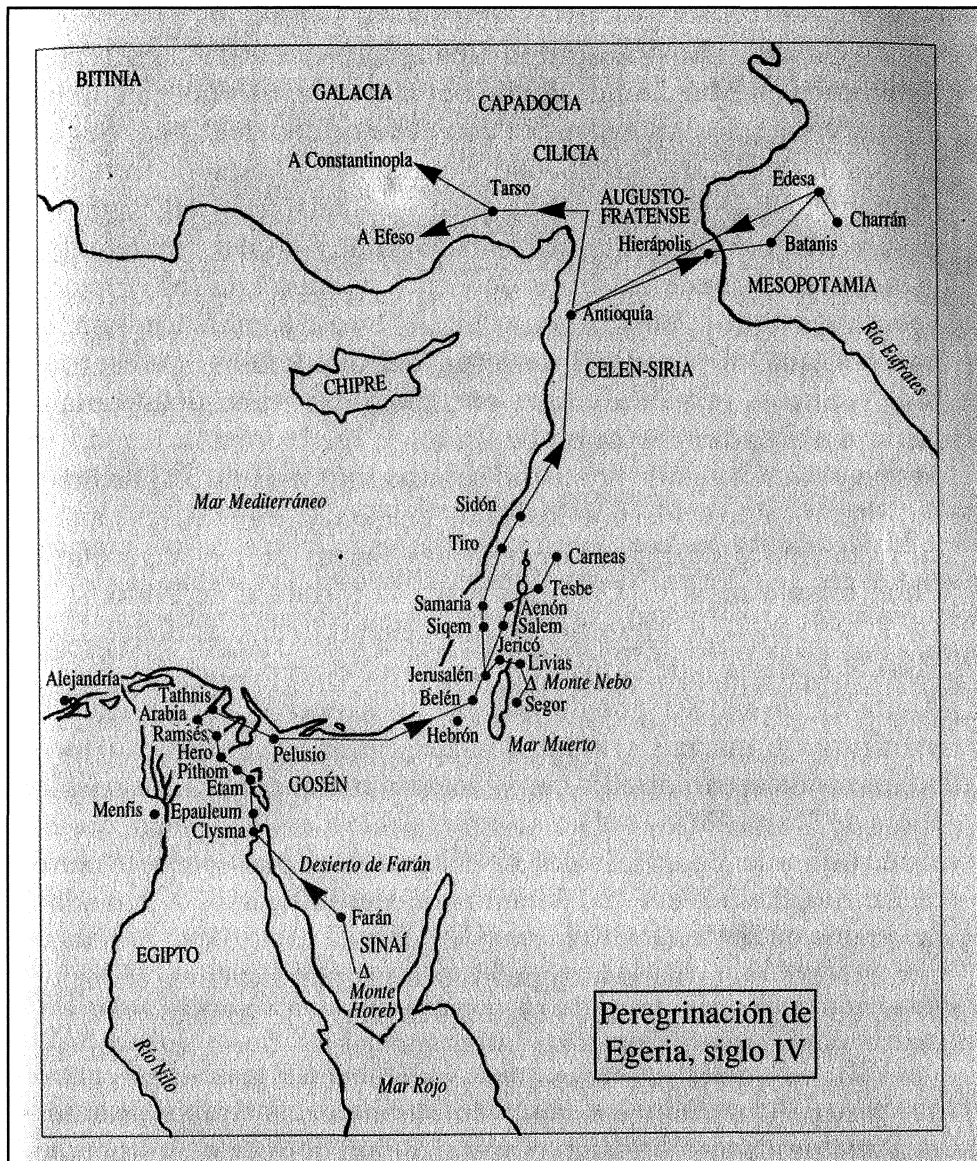


FIGURA 1. Ruta seguida por Egeria en lo que nos ha llegado del relato de su peregrinación (según T. H. Martín-Lunas, 1994, p. 43).

daba otro nombre, esta vez definitivo: la autora sería una tal Etheria o Egeria, de la cual se tenían confusas noticias. Entre otras, la mencionada exaltación del abad Valerio, en una epístola que habría sido recogida por el P. Enrique Flórez en su monumental *España Sagrada*, fruto del espíritu ilustrado del siglo XVIII.

Así pues, la hasta entonces conocida como *Peregrinatio Silviae* pasaba a ser el viaje de «la virgen española Etheria»². Como se ve, Ferotin se apuntaba a la idea de que fuera monja, o algo parecido. Y aventuraba un nombre que en el surtido de catálogos o noticias sueltas no era exclusivo: aparecían, además de Etheria, las variantes Egeria, Eucheria, Echeria. H. Chirat resume la cuestión asegurando que «es la forma Egeria la mejor atestiguada, la que explica incluso las diferentes grafías y la que la crítica textual obliga a preferir».

Toda esta confusión primeriza fue alimentando lo que (torpemente) podríamos llamar la «mitología» del personaje. Y aludo a esto porque, aunque carezca de interés científico, da buena idea de la «popularidad» que ha llegado a alcanzar y sobre todo de su actualidad. Se habla con todo desparpajo de *la monja viajera* –en velado paralelismo con Santa Teresa, que ya instigó en su día Fray Justo Pérez de Urbel³– y así constaba en la descripción del sello emitido en 1984 con motivo del «XVI centenario del viaje de la Monja Egeria al Oriente Bíblico»⁴. En 2005 se ha iniciado, desde Alemania, un «Proyecto Egeria» para realizar cada año, hasta 2015, una peregrinación «a cada uno de los once países que hiciera la Hermana Egeria», empezando por España⁵. Los textos que pueden leerse en internet de grupos y organizaciones de carácter feminista son tan combativos como desenfocados. Y no se han olvidado de Egeria los novelistas, elevada por algunos al grado de santa⁶.

Yo creo que la clave para entender quién era en realidad Egeria –antes de que pasemos a detallar su recorrido y sus anotaciones– es insertar su figura en el contexto histórico, sin prejuicios de índole religiosa. Y lo primero que hay que decir es que hacer el viaje que hizo Egeria es algo que, en su época, estaba de moda. Sobre todo para las clases pudientes, sin excluir a las mujeres. Franco Cardini, en un libro sobre la mujer medieval⁷, destaca el fuerte movimiento emancipatorio que consiguieron, en los últimos días del Imperio, algunas matronas romanas de clase acomodada; y llega a firmar que «un verdadero diluvio de matronas inunda la Jerusalén de los tiempos de Jerónimo».

La «culpable» de este arrebató por Oriente fue Santa Helena, la madre del emperador Constantino, con su empeño en recuperar y lustrar los Santos Lugares. Aquella suerte de «arqueología sacra», unida a la publi-

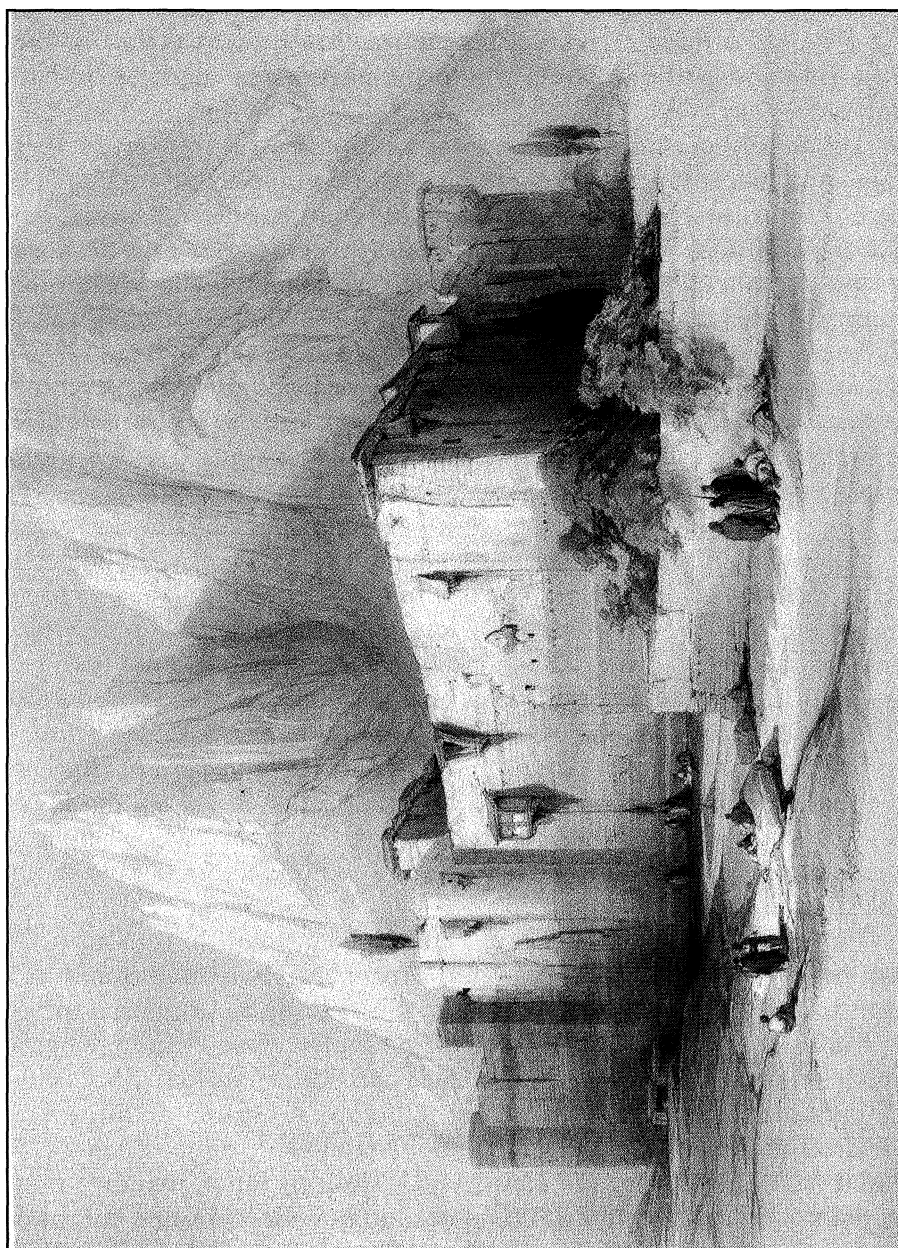
cación de algunos libros piadosos, como la *Vita Antonii* de Atanasio de Alejandría, encauzaron a riadas de peregrinos hacia los parajes bíblicos, los *martyria* o sepulcros de algún apóstol u hombre santo, y los *monasteria* o cenobios donde (como el propio nombre indica) vivía un *solo* ermitaño retirado (aunque podían hallarse agrupadas algunas de estas «ermitas»).

De todo había en aquella piadosa confusión de trotamundos: monjes y ascetas bienintencionados –se ha llegado a hablar de un cierto «eremitismo itinerante»–, pero también abundaban los llamados *gyrovagui*, tipos variopintos, de ideales y conducta a veces más que dudosos, que traían de cabeza a los Santos Padres y responsables locales. Sobre todo cuando se trataba de mujeres. Valgan de ejemplo las palabras de San Gregorio de Nisa, quien en su Epístola Segunda critica a las féminas que se exponen al peligro: «Puesto que en aquellos lugares de Oriente las posadas, las hospederías y las ciudades tienen mucho de licencioso y de indiferente hacia el mal ¿cómo se puede conseguir que a quien anda entre humos no se le irriten los ojos?».

Más duro y cascarrabias es San Jerónimo. A pesar de ser él, desde su retiro de Belén, un promotor excepcional de los Santos Lugares: «...Y es tal la aglomeración de uno y otro sexo que, lo que en otro sitio pretendías evitar, no era sino parte de todo lo que aquí tienes que aguantar». Y en una carta a Furia (una noble y viuda romana) se queja del poco edificante ejemplo de una de aquellas peregrinas ilustres: «Hace poco hemos visto algo ignominioso, que ha volado por todo el Oriente: la edad, la elegancia, el vestir y el andar, la compañía indiscreta, las comidas exquisitas, el aparato regio: todo parecía anunciar las bodas de Nerón, o de Sardanápalo». Algunos pensaron que estas palabras de censura se referían a Egeria; pero ha quedado claro que no tachaba a Egeria, sino a la noble Poemenia⁸.

La cual tiene mucho que ver con Egeria y con lo que aquí estamos tratando de aclarar. Y es que en ese tropel de matronas romanas que se apuntaban a la moda del pío excursionismo hubo un grupo importante de mujeres españolas. La cosa tiene su explicación: cuando el emperador Teodosio (que los segovianos de Coca consideran su paisano) se estableció en su corte de Constantinopla, le arropó un grupo de mujeres que se hicieron notar en la vida pública. Sobre todo su propia consorte, Flacila, quien (como ha observado Kenneth G. Holum) fue la primera mujer que no sólo recibió el título de *Augusta*, sino que ejerció como tal; papel protagonista que, a partir de entonces, tendrían las emperatrices bizantinas⁹.

FIGURA 2. Monasterio de Santa Catalina en el Monte Sinai
(según D. Roberts, 1842)



Junto a Teodosio y Flacila estaban la cuñada del emperador, María (viuda), y las hijas de ésta, Termancia y Serena; mujeres de origen hispano que J. F. Matthews llama «*the Gallic supporters of Theodosius*». Pero la *familia* imperial no se limitaba a los miembros bajo techo de palacio. No existen bases sólidas para afirmar (como algunos han insinuado) que Egeria perteneciese a la familia imperial. Lo que sí está claro es, primero, que los lazos y conexiones tanto del clan imperial como de las familias nobles formaban una malla difusa que se extendía por todo el imperio; y segundo, que las mujeres de la aristocracia se copiaban algo más que la moda del peinado o los vestidos. También la fiebre viajera, que era algo bien visto en aquellas calendas, un valor social de clase alta.

Y lo cierto es que Egeria, guardase o no parentesco con el emperador, no era la primera aristócrata hispana que realizaba uno de aquellos viajes de moda. Antes que ella lo había hecho otra noble de origen hispano, Melania, quien enviudó a los 22 años y emprendió un viaje (entre el 371 y 372) en compañía de Rufino de Aquileya para visitar a los anacoretas del desierto de Egipto. Su ejemplo fue seguido, entre otras, por la también hispana Poemenia (la que escandalizó a San Jerónimo), la cual visitó Egipto y Palestina entre los años 384-395; ella iniciaba su periplo el mismo año en que Egeria emprendía regreso del suyo.

Para fijar las fechas en que Egeria hizo su viaje hubo que recurrir a la crítica interna del propio texto. A través de algunas pistas que da sobre ciertos obispos al frente de ciudades que visita, encajando tiempos como en un puzzle, se llegó a la conclusión de que Egeria realizó su viaje entre los años 381-384, emprendiendo en esta última fecha el tornaviaje¹⁰.

Como antes hemos indicado, faltan el comienzo y el final del relato (que empieza bruscamente con la ascensión al Sinaí, y se interrumpe cuando está de regreso en Constantinopla). Pero podemos aventurar lo que falta del principio por la propia estructura vial del imperio (11). Egeria habría partido de algún punto de la provincia Gallaecia, y habría seguido la Vía Domitia: atraviesa Aquitania, cruza el Ródano (de cuyos ímpetus se acordará al avistar el Eúfrates) y llega por mar a Constantinopla. De allí a Jerusalén sigue la vía militar que surcaba Bitinia, Galacia y Capadocia, atraviesa las montañas del Tauro, alcanza Antioquia, y costean-do el litoral llega a Jerusalén en la Pascual del año 381.

Se queda en Jerusalén tres años, hasta la Pascua del 384. Pero no anclada en la ciudad, sino realizando frecuentes excursiones que la mantendrán en ruta meses enteros. Así, visita el Sinaí, subiendo al Monte de Dios o Djebel Musa («montaña de Moisés»), siendo éste el arranque del

texto que nos ha llegado. En otra excursión, desde Jerusalén, cruza el Jordán y las gargantas de Ayin Musa («fuentes de Moisés») para subir al monte Nebó. Regresa de nuevo para pasar la Páscoa en Jerusalén (en aquel año 384 cayó a finales de marzo) y abandona definitivamente la ciudad para tornar a casa. Pero lo hace sin mucha prisa, dando un rodeo por la provincia más oriental del Imperio, Mesopotamia, con el fin de visitar el *martyrium* del apóstol Tomás, en Edesa.

Llega a Constantinopla tras algunos otros desvíos a los *martyria* más venerados de su tiempo (como el de Santa Tecla, en Seleucia, donde se lleva una gran alegría al encontrarse allí, por azar, con una antigua amiga, la diaconisa Marthana). En Constantinopla no pensaba detenerse mucho. Pero tampoco pensaba en una vuelta inminente: en las últimas líneas conservadas de su relato, como pensando en alta voz, esboza planes para emprender nuevos garbeos por Asia, sobre todo para visitar en Éfeso el *martyrium* del apóstol Juan - no dice nada, por cierto, de que estuviera allí la casa o el sepulcro de María, la madre de Jesús¹². Pero no debía de sentirse muy bien de fuerzas, y aunque promete seguir enviando noticias, caso de llevar a término sus propósitos, pide a sus amigas que no la olviden, tanto si sigue viva como si al fin abandona su cuerpo.

Donde termina esta relación de viajes cumplidos o proyectados, en la misma página y renglón del código medieval, continúan las palabras de Egeria en tono muy diverso: lo que hace a partir de ahí es una descripción detallada de la liturgia en Jerusalén. Un verdadero tesoro para estudiosos del culto e historiadores en general. Pero incluso en esta segunda parte tan distinta asoma la personalidad -y hasta el gracejo, podríamos decir- de esta mujer singular. Su lenguaje es llano y sencillo, pobre incluso (se han contabilizado los vocablos diferentes que emplea: 1.267), si bien conforme avanza el relato se enriquece y humaniza su escritura. Emplea, pues, un *sermo cotidianus*, pero deliberadamente: la erudición clásica, de resabios paganos, estaba mal vista entre aquellos cristianos primitivos.

Esto nos lleva a preguntarnos, de manera abierta, quién y cómo era Egeria. Sin poder aventurar que mantuviese algún lazo con la familia imperial, lo cierto es que era una dama de alcurnia, una aristócrata, por supuesto adinerada. Eso explica que pudiese viajar sola, pero acompañada por un séquito numeroso de sirvientes, incluidos algunos «capellanes» (como diríamos hoy). Y que salieran a recibirla los obispos o clérigos de las ciudades y lugares que visitaba. O que la pusieran escolta militar en los lugares peligrosos (*loca suspecta*).

Presumiblemente era una mujer madura (la acompañaban presbíteros y ocasionalmente obispos), pero no vieja, pues de lo contrario no habría podido soportar la dureza (que hoy nos cuesta imaginar) de aquellas jornadas interminables en barcos incómodos, a pie, a caballo, en camello, escalando montañas matadoras (como es el Sinaí), durmiendo a la intemperie, soportando el relente nocturno o la canícula del desierto.

No era monja, ni sus «amigas» (*sorores*) tenían porqué serlo, ya hemos aclarado eso. Aunque es cierto que a comienzos de su siglo (concretamente, en el concilio de Elvira, o Granada, del año 305) ya se esboza una cierta regulación de la entrega religiosa de las mujeres, mediante un *pactum virginitatis*. Pero no sólo había *virgines* entre aquellas devotas precursoras, también *viduae* (viudas) o sencillamente *continentes*, y por supuesto, aun no estaba afirmada la *stabilitas loci*, sino que las «religiosas» podían moverse a su antojo. Algo similar (según anotaba en mi libro sobre el viaje de Egeria, ver bibliografía) a la institución (muy posterior) de las *beguin*as y los *beguin*ajes en los Países Bajos. Pero aun ese paralelismo habría que manejarlo con toda cautela, y sólo sería aplicable a contados casos de «militantes» que auspiciaron algún tipo de vida en común (caso de Melania senior, establecida en el monte de los Olivos, o de Paula, que abrió en Belén un cenobio dúplice y un albergue de peregrinos). Para el resto, es más plausible suponer que las movía tanto la curiosidad, o incluso el esnobismo, como el fervor.

Lo que sí sabemos, por sus propias confesiones, es cómo era el carácter de Egeria. Piadosa, desde luego: lo primero que hace cuando llega a un lugar sagrado es leer el pasaje de la Biblia donde aparece ese lugar, y recogerse en oración. Esto nos da otra pista: era una mujer culta, que viajaba con libros, algunos de ellos en griego (lengua que conocería, al igual que hoy una persona medianamente culta se maneja en inglés). Puede que hasta se le diera bien dibujar, pues en el original de sus cartas debió de incluir esbozos de los templos y edificios visitados, como otros viajeros ilustrados de épocas posteriores¹³.

Según ella misma confiesa (*ut sum satis curiosa*), la curiosidad le hace viajar con los ojos bien abiertos, quiere verlo todo, pide explicaciones de todo lo que ve, e insiste en que la lleven a ver otras cosas, si no quedan muy lejos. Pero no es una «turista» bobalicona, ni la ciega el fervor religioso. Al contrario, cuando narra a sus amigas lo que ha visto durante la jornada, pone de por medio un cierto talante crítico, por no decir irónico. Un ejemplo elocuente es cuando cuenta que el propio obispo de Segor les ha mostrado el lugar donde supuestamente se encontraba la mujer de Lot convertida en estatua de sal, lo mismo que su perrillo; maliciosa-

mente apostilla a sus amigas: *«Pero creedme, (...) cuando nosotros inspeccionamos el paraje, no vimos la estatua de sal por ninguna parte, para qué vamos a engañarnos».*

Esto nos lleva a una última consideración sobre el carácter de Egeria, o mejor dicho, sobre su manera de ver y de contar. Aunque al principio ella misma parece someterse a un «género» cuajado y definido, y encasilla la narración en unos moldes rígidos, repetitivos, a base de muletillas («llegamos a tal sitio, hicimos una oración, se leyó el pasaje correspondiente de las Escrituras», etc.), lo cierto es que conforme avanza el relato éste va ganando frescura, se salta los esquemas, descompensa el ritmo para demorarse en alguna observación o detallar algo que le llama la atención. El lenguaje de Egeria es, sobre todo al final, deliciosamente fresco y directo. Emotivo a veces, como cuando narra el encuentro casual con su amiga Marthana, o vislumbra, agotada, el horizonte de su propia desaparición.

Incluso en la segunda parte de su obra, la descripción del culto en Jerusalén, no faltan chispas que delaten su talante y sorna (¿galaica?), convirtiendo de pronto lo que estaba siendo árida descripción en una anécdota jugosa; por ejemplo, cuando está describiendo la ceremonia de la adoración del Lignum Crucis en el Gólgota, al aire libre, el día de viernes santo: *«El obispo, sentado, aprieta bien con sus manos el sagrado madero, mientras que los diáconos situados alrededor lo vigilan. Y lo custodian así porque cuentan que, en cierta ocasión, hubo alguien que hincó los dientes y arrancó una astilla de la santa reliquia. Por eso ahora están atentos los diáconos, no sea que alguno al pasar se atreva a hacer lo mismo».*

En fin, y para no fatigar, creo que la impresión profunda que se saca de la lectura de lo escrito por Egeria (más allá de las rigideces y convencionalismos de lo que parece un molde conscientemente adoptado) es la de que estamos ante una personalidad extraordinariamente fuerte, una dama no sólo refinada y culta, sino más importante aún: un espíritu inquieto, abierto, ávido de conocimiento, al tiempo que reflexivo y crítico, si no escéptico.

En una palabra, un espíritu increíblemente «moderno». Y por tanto, atemporal, cercano a cuantos abrazan esa libertad que desconoce las fronteras del tiempo. Aunque no todo sea mérito personal: seguramente es Egeria hija aventajada de su época, que tiene asimismo mucho de «moderna», por tratarse de un último relámpago de civilización, casi un momento de decadencia (lo decadente aparece siempre, paradójicamente, como moderno), roído ya y carcomido por las larvas de un medievalismo al acecho.



FIGURA 3. Mosaico de la Iglesia de San Jorge, en Madaba, con un plano de Jerusalén en época de Egeria.

Aquel trajín de viajeros a Oriente, a Constantinopla y a los Santos Lugares ¿fue bueno o malo? Puede parecer una pregunta estúpida, por simplista, y porque el mero hecho de moverse para ampliar el conocimiento debería ser saldo positivo. Pero hay algo que matizar. No a todos aquellos curiosos que se echaban a los caminos les guiaba un impulso aceptable, y no me refiero ahora a los *gyrovagui*. Sabido es que el cristianismo temprano, y muy especialmente en este siglo IV del que hablamos, es un cristianismo que se está abriendo paso, esforzado, a veces hasta combativo, y fuertemente escorado hacia una componente ascética de la vida religiosa. Es precisamente es ese siglo cuando cuajan los tanteos de ascetismo en un embrión sólido de vida monacal.

Pero ascetismo significa rigor, en general, con uno mismo y (casi inevitablemente) con los demás; y ahí está el problema: que el rigor ascéti-

co se puede tornar puro fanatismo. Muchos de los que iban a conocer lugares nuevos, santos para ellos, descubrían a la vez otros vestigios que no toleraban. Y no fueron tan raras las actuaciones extremas, como la razzia que en el 402 se organizó para destruir el templo de Zeus-Marnas en Gaza, uno de los más famosos de Oriente. En el discurso *Pro templis* de Libanio, éste pide al emperador Teodosio que ponga fin a la destrucción de los templos paganos por parte de los monjes. Un caso paralelo, en otro orden de cosas, fue el conocido degollamiento de la neoplatónica Ipatia, en Alejandría.

Claros y sombras, pues, en aquella riada de peregrinos tempranos, que arrastró en su fiebre a unas cuantas matronas pudientes, entre ellas unas cuantas de origen hispano, y la propia Egeria. Su figura, escudriñada por miradas interesadas (o por lo menos condicionadas) ha llegado a cristalizar en un estereotipo («la monja viajera») que sigue vigente, y que esperamos haber corregido al insertarla en un enfoque más amplio y objetivo que tiene en cuenta su entorno social, las modas y costumbres de su siglo. Una cosa, de cualquier modo, es bien cierta, y es que se trata, si no de la primera viajera ilustrada de origen hispano, sí de la primera que puso por escrito sus trajines y vivencias. Al menos, que sepamos. Y eso sólo la hace acreedora a un mayor reconocimiento, algo que los hispanos, en general, suelen escatimar para los suyos.

Notas

¹ Entre las más de 2.000 tablillas de madera escritas con pluma y tinta y desenterradas, a partir de 1973, por Robin Birley en el fuerte de *Vindolanda* (junto a la actual Chesterholm, perteneciente al complejo fronterizo del Muro de Adriano que cruza Inglaterra de costa a costa), apareció la primera invitación conocida a un cumpleaños; la escribe de su puño y letra Claudia Severa, en el año 103 ó 105, y va dirigida a su amiga Sulpicia Lepidina, esposa del jefe de la guarnición. Tras invitarla a la fiesta, se despide en estos términos: «*Sperabo te, soror, vale, soror, anima mea, ita valeam, karissima et have*». Cito este documento por el lenguaje coloquial, y también porque debe de ser, por ahora, el más antiguo documento original escrito en latín por mano de una mujer.

² M. FEROTIN, *Le véritable auteur de la «Peregrinatio Silviae, la vierge espagnole Egeria*. *Revue des questions historiques*, nº 30, 1903.

³ PÉREZ DE URBEL, Fray Justo, *Los monjes españoles en la edad media*. Ediciones Ancla. Madrid, 1945.

⁴ Sello emitido el 26 de septiembre de 1984, estampado en huecograbado a cinco colores, con valor facial de 40 pts. y una tirada de 4.000.000, en formato horizontal (49'8 x 28'8 mm).

⁵ La primera peregrinación, por tierras gallegas, se realizó entre el 15 y 27 de septiembre de 2005, ver <http://www-egeria-projekt.de>

⁶ Ver, entre otros: RAMÓN CHAO, *Prisciliano de Compostela*, Barcelona, Seix Barral, 1999; y Jesús Torbado, *El peregrino*, Barcelona, Editorial Planeta, 1999.

⁷ FRANCO CARDINI, «Egeria, la peregrina», contribución en *La mujer medieval*, editado por F. Bertini, Madrid, Alianza Editorial, 1991.

⁸ Ver PAUL DEVOS, *La date du voyage d'Egerie*, *Analecta Bollandiana* 85, 1967.

⁹ KENNETH G. HOLUM, *Theodosian Empresses: Women and Imperial Dominion in Late Antiquity*. The University of California Press, 1989.

¹⁰ Puede verse una reconstrucción razonada y bastante exhaustiva de esta datación en A. Arce (ver bibliografía), quien recoge a su vez las investigaciones de P. Devos en el libro antes citado, que todos los estudiosos dan por buenas.

¹¹ La «Vía Domitia» aparece descrita en el *Itinerarium a Burdigala Hyerusalem usque*, especie de kilometraje sucinto consignando las etapas desde Burdeos a Jerusalén, y fechado en el año 333.

¹² La supuesta Casa de la Virgen fue «milagrosamente» encontrada en Éfeso, en el lugar indicado por la monja alemana Catherine Emmerich, y que ella había conocido a través de unas «revelaciones divinas» hechas públicas en 1878, siendo en la actualidad un próspero atractivo religioso-turístico. Lo cierto es que la Virgen María tuvo la primera iglesia a ella dedicada en Éfeso (se conservan las ruinas, del siglo IV), y otra curiosa coincidencia: fue precisamente en esa ciudad, feudo de la diosa-madre oriental, Artemisa, donde María recibió el título de madre de dios, en el tercer concilio ecuménico, celebrado en el año 431.

¹³ Cuando se refiere, por ejemplo, al lugar del sepulcro de Job, dice que allí se ha edificado «esta iglesia que veis» (*facta est ista ecclesia quam videtis*), lo cual sólo adquiere sentido si imaginamos que al margen del texto, o intercalado, se ha incluido un sencillo alzado o boceto.

Bibliografía Selecta

ARCE, Agustín, OFM, *Itinerario de Egeria*, Introducción, edición del texto latino, traducción castellana y notas. BAC, Madrid, 1978. Es la edición más completa en castellano, con amplia bibliografía para profundizar temas.

CAMPOS, Julio, Sobre un documento hispano del Bajo Imperio (El viaje de Egeria). *Helmantica* 18, 1967, para los aspectos lingüísticos.

FRANCESCHINI, Aet. Y WEBER, Rob., *Itinerarium Egeriae cura et studio Aet. Franceschini et R. Weber*. Corpus Christianorum, Series latina, CLXXX, Turnhout, 1965. Es el texto latino seguido en general por Arce.

GALINDO ROMEO, Pascual, *Eteria, religiosa galaica del siglo IV*, «La Académica», Zaragoza, 1924. Es la primera traducción castellana, difícil de encontrar.

GAMURRINI, F., *S. Hilarii Tractatus de mysteriis et Hymni et Silviae Aquitanae Peregrinatio ad loca sancta*. Biblioteca della Academia Storico-giuridica, vol. IV, Roma 1887. Es la edición príncipe, seguida por una segunda edición corregida: *S. Silviae Aquitanae Peregrinatio ad loca sancta*, Studi et Documenti di Storia e Diritto, 9, Roma 1888.

LECLERQ-FEROTIN, *Etheria*. Dictionnaire d'Archeologie chrétienne et de Liturgie, V/1. París, 1922; y XVI, París, 1939. Importante para las cuestiones arqueológicas y litúrgicas.

LÖFSTEDT, Einar, *Philologischer Kommentar zur Peregrinatio Aetheriae. Untersuchungen zur Geschichte der Lateinische Sprache*. 4ª ed., Darmstadt, 1962. Importante para el tema del lenguaje.

PASCUAL, Carlos, *El viaje de Egeria*, Editorial Laertes, Barcelona, 1994.

PETRÉ, Hélène, *Etherie, Journal de Voyage*. Les Éditions du Cerf, París, 1948. Texto latino y una traducción notable.